

LA SANTA SEDE

DISCURSO DEL SANTO PADRE FRANCISCO A LOS PARTICIPANTES AL CONGRESO INTERNACIONAL PROMOVIDO POR LA FEDERACIÓN BÍBLICA CATÓLICA

*Sala Clementina
Viernes, 26 de abril de 2019*

Eminencias, queridos hermanos en el episcopado, hermanos y hermanas,

con las palabras del apóstol Pablo os doy la bienvenida a vosotros, que os encontráis “en Roma, amados por Dios”, deseándoos “gracia y paz” (Rom 1,7). Doy las gracias al Cardenal Tagle por el saludo que me ha dirigido en vuestro nombre. Os habéis reunido con ocasión del quincuagésimo aniversario de la Federación Bíblica Católica. Este Jubileo os habrá dado la oportunidad de hacer balance de vuestro servicio eclesial y de confirmaros mutuamente en el compromiso de difundir la Palabra de Dios.

Vuestra reflexión se ha desarrollado en torno a dos palabras: Biblia y vida. A mí también me gustaría deciros algo sobre este binomio inseparable. “La Palabra de Dios está viva” (Heb 4,12): no muere ni envejece, permanece para siempre (cf. 1 Pe 1,25). Permanece joven ante todo lo que pasa (cf. Mt 24,35) y preserva del envejecimiento interior a quien la pone en práctica. Ella está viva y da vida. Es importante recordar que al Espíritu Santo, el dador de vida, le encanta actuar por medio de la Escritura. La Palabra trae el aliento de Dios al mundo, infunde en el corazón el calor del Señor. Todas las aportaciones académicas y los volúmenes que se publican están – y no pueden dejar de estar – al servicio de ello. Son como la madera que, laboriosamente recogida y ensamblada, se utiliza para calentarse. Pero así como la madera no produce calor por sí sola, tampoco los mejores estudios lo hacen; se necesita fuego, se necesita el Espíritu para que la Biblia arda en el corazón y se convierta en vida. Entonces la buena leña puede ser útil para alimentar este fuego. Pero la Biblia no es una hermosa colección de libros sagrados para estudiar, es la Palabra de vida para sembrar, un don que el Resucitado pide sea recibido y distribuido para que haya vida en su nombre (cf. Jn 20,31).

En la Iglesia la Palabra es una inyección insustituible de vida. Por eso, las homilias son fundamentales. La predicación no es un ejercicio de retórica, ni un conjunto de sabias nociones humanas: sería sólo madera. En cambio, es una participación del Espíritu (cf. 1 Cor 2,4), de la Palabra divina que ha tocado el

corazón del predicador, quien comunica ese calor, esa unción. Muchas palabras fluyen diariamente a nuestros oídos, transmitiendo información y ofreciendo muchos aportes; muchas palabras, quizás demasiadas, hasta el punto de superar a menudo nuestra capacidad para aceptarlas. Pero no podemos renunciar a la Palabra de Jesús, la única Palabra de vida eterna (cf. Jn 6,68), que necesitamos cada día. Sería bueno ver florecer “una nueva etapa de mayor amor a la Sagrada Escritura por parte de todos los miembros del Pueblo de Dios, de manera que, mediante su lectura orante y fiel a lo largo del tiempo, se profundice la relación con la persona misma de Jesús» (*Exhortación Apostólica Verbum Domini*, 72). Sería hermoso que la Palabra de Dios se convirtiera “cada vez más en el corazón de toda actividad eclesial” (*Exhortación Apostólica Evangelii Gaudium*, 174); el corazón palpitante, que vitaliza a los miembros del Cuerpo. El deseo del Espíritu es configurarnos como una Iglesia “formato-Palabra”: una Iglesia que no hable desde sí misma ni de sí misma, sino que tenga en su corazón y en sus labios al Señor, una Iglesia que cada día beba de su Palabra. La tentación, por otra parte, es siempre la de proclamarnos a nosotros mismos y hablar de nuestras dinámicas, pero de esta manera la vida no se transmite al mundo.

La Palabra da vida a cada creyente enseñándole a renunciar a sí mismo para anunciar al Señor. En este sentido, actúa como una espada afilada que, penetrando hasta el fondo, discierne pensamientos y sentimientos, saca a la luz la verdad, hiere para curar (cf. Heb 4,12; Job 5,18). La Palabra nos lleva a vivir de manera pascual: como semilla que da vida al morir, como uva que da vino a través de la prensa, como aceitunas que dan aceite después de haber pasado por el molino. Así, provocando dones radicales de vida, la Palabra vivifica. No nos deja tranquilos, sino que cuestiona. Una Iglesia que vive de la escucha de la Palabra nunca se conforma con sus propias seguridades. Es dócil a la imprevisible novedad del Espíritu. No se cansa de anunciar, no cede a la desilusión, no deja de promover la comunión en todos los niveles, porque la Palabra llama a la unidad e invita a cada uno a escuchar al otro, superando los propios particularismos.

Así pues, la Iglesia que se alimenta de la Palabra vive para proclamar la Palabra. No habla por sí misma, sino que desciende a las calles del mundo, no porque le gusten o porque sean fáciles, sino porque son los lugares del anuncio. Una Iglesia fiel a la Palabra no ahorra esfuerzos al proclamar el kerigma y no espera reconocimientos. El Verbo divino, que sale del Padre y se difunde en el mundo, lo empuja hasta los confines de la tierra. La Biblia es su mejor vacuna contra la cerrazón y la autopreservación. Es Palabra de Dios, no es nuestra, y evita que nos coloquemos en el centro, nos preserva de la autosuficiencia y el triunfalismo, nos invita continuamente a salir de nosotros mismos. La Palabra de Dios tiene fuerza centrífuga, no centrípeta: no se pliega hacia adentro, sino que empuja hacia afuera, hacia quien todavía no ha llegado. No asegura un consuelo

tibio, porque es fuego y viento: es Espíritu que enciende el corazón y traslada los horizontes, ampliándolos con su creatividad.

Biblia y vida: trabajemos para que estas dos palabras se abracen, para que nunca una esté sin la otra. Quisiera concluir como empecé, con una expresión del apóstol Pablo que, hacia el final de una de sus cartas, escribe: “Por lo demás, hermanos, orad”. Como él, también yo os pido que recéis. Pero san Pablo especifica la razón de la oración: “para que la palabra del Señor corra” (2 Tes 3,1). Oremos y esforcémonos para que la Biblia no permanezca en la biblioteca entre los muchos libros que hablan de ella, sino que “corra” por las calles del mundo y se espere donde vive la gente. Deseo que seáis buenos portadores de la Palabra, con el mismo entusiasmo con que estos días leemos los relatos pascuales donde todos corren: las mujeres, Pedro, Juan, los dos de Emaús... Corren para encontrar y anunciar la Palabra viva. Os lo deseo de corazón, y os doy las gracias por todo lo que hacéis.